

RODRÍGUEZ, NANA. *VENDIMIAS DEL DESIERTO*

Calarcá. Cuadernos Negros
ISBN 978-958-46-0651-8. 54 p.

Reseña de Manuel Oswaldo Ávila Vásquez *

Recientemente la editorial *Cuadernos Negros* en su colección *Poesía* publicó el libro de poemas *Vendimias del desierto* de la escritora colombiana Nana Rodríguez Romero. Sin lugar a dudas, este poemario se constituye en una excelente contribución a las letras colombianas, de manos de una escritora con una vasta producción literaria en la que se cuentan libros de poemas, minificción y prosa. Basta recordar aquí títulos como: *La piel de los teclados* (premio nacional de poesía Ciro Mendía 2008), *Permanencias*, *Hojas en mutación*, *Lucha con el ángel*, *El bosque de los espejos*, *El oro de Dionisios*, *La casa ciega*, y otras ficciones, *El sabor del tiempo*, *Efecto mariposa* y, su ensayo, *Estudio literario: para una teoría del minicuento*.

En lo que se refiere a la estructura del texto, ésta se divide en tres partes: *Vendimias del desierto*, *Alfabetos invisibles* y *cuerpos en fuga*. Sin embargo, al hablar de esta manera es claro que nos quedamos cortos si nos limitamos a esto. *Vendimias del desierto* de Nana Rodríguez es mucho más. Es una invitación a pensar poéticamente en una época en la que, nos hemos hecho indigentes de tanto habitar en la soledad. En una soledad tan profunda, que, ante ella, sólo nos quedan «los gatos y la música», el recuerdo de los amigos y las sentencias de sabios pesimistas. ¿Podría ser de otra manera, en una época en la que «hombres grises» nos arrebatan el tiempo de un zarpazo? ¿En una época en el que se es consciente de vivir en un desierto de arenas movedizas, aunque tengamos la certeza que de allí no venimos? En tales circunstancias, parece que sólo nos queda «el ensayo y el error», hacer navegar nuestros crujientes navíos por ríos de «espejismos y de asombros».

Nada extraño en una era signada por el tedio en la que parecen rondar por todas partes «los ángeles de la muerte». Una época en el cual siempre está al acecho una

* Ph. D. manuelavilavasquez@gmail.com

«guerra oscura». Y, sin embargo, en un tiempo semejante no falta, como nos dice la autora, el alma de Dionisos y la «risa en las encrucijadas de la incertidumbre». No hay alternativa, esto parece ser lo único que queda en un universo de hombres y mujeres desterrados. En un mundo, en el que «los corceles de Parménides» no les queda otro remedio que beber en el río de Heráclito el oscuro en medio de «un silencio aterrador». O, a lo sumo, vagar «en el devenir de la pregunta», al tiempo que se contempla el titilar de una infinidad «de puntos luminosos que agonizan en la órbita de [los] ojos». No parece haber otra elección en un universo signado por «la incertidumbre y el desencanto» y en el que los humanos siempre parecemos estar condenados a contemplarnos en un espejo opaco.

¡Sí! No parece haber más posibilidad que ésta, en un mundo en el que «la única certeza son las palabras que también morirán en tierras de la nada», en un mundo en el que el niño que habita en nosotros, se han marchado, mientras arroja sus frágiles recuerdos en el fondo de un aljibe. Mejor aún, qué otra alternativa podríamos tener en un mundo en el que, como decía Arthur Schopenhauer, «el hombre ha hecho de la tierra un infierno para los animales» y, lo que es peor, un infierno para sí mismo. Qué extraña condición la de los hombres, pudiendo existir como los dioses, han preferido contemplarse en «espejos de guas prohibidas», llevando en sus alforjas una sed insoportable. ¡Sí! qué paradójica resulta el alma de los hombres, pudiendo hacer de esta tierra un paraíso prefirió tocar a las puertas del averno, y, todo esto, mientras, «la vida se evade sin festejos».

En un mundo semejante, dice de la autora, sólo nos resta buscar «la delicadeza y la bondad», transitar por «elipses abiertas en un laberinto habitado por la simulación» y la falta de compasión. Esto es, buscar *Alfabetos invisibles*, una memoria extraviada en el tiempo, un gesto bien intencionado en una mirada furtiva y, porque no, un apasionado beso en los labios de aquel que ha sido condenado a la falta de ellos, a ser amamantado por «el seno de [una] madre en ruinas». No parece haber otro camino, en un país en la que se «succiona sin descanso la sustancia amable de la vida», en un universo en el que se «desfallece atado a molinos de viento [...] en los campos de la devastación y el miedo», en una tierra en la que ronda por todas partes la muerte con su cuchillo de obsidiana y su «baraja de tiempo entre las manos». Y, nosotros, simples mortales, sin disponer siquiera «de un as que podamos guardar bajo la manga».

Triste condición la de una tierra en la que, nosotros mismos, condenamos a otros seres humanos a ser prisioneros de «cuerpos sin rostro [y] sin mirada», a cargar a

cuestas con sus «cuerpos trágicos» y en el que la belleza tan sólo parece un tibio mármol bañado por los tímidos rayos de la luna. Una desconcertante nación de ángeles torturados «donde el infierno y el cielo son un solo reino». Sin embargo, pese a esto, ésta es una tierra la que, es posible aún, «la epifanía de la piel desde las ondulaciones de deseo», sobrevivir «al incendio de la carne», posar la mirada sobre los sensuales hombros de quien esconde su fuente bajo la arena y que nos invita, o bien, a arrojarnos en los brazos de «un vértigo de tiempo indefinible» o, de una «antigua tragedia» cuyos jóvenes protagonistas navegan, sin saberlo, en medio de una sórdida tormenta, en tanto, «pájaros invisibles se estrellan contra las ventanas del corazón».

Qué lamentable condición la de un país en el que hasta el cuerpo de los seres humanos ha sido negado por ebrios de muerte, esto lo sabe muy bien nuestra autora. Su nación, la nuestra, es una en la que el «dolor vive anidado en el vientre como un niño cruel» y se «mancilla [el] cuerpo con terribles instrumentos». Nana Rodríguez lo sabe, nuestra tierra es una tierra en «la que la vida es un ramo de rosas que se escapa por entre un ojo sin luz en pleno mediodía» y la carne de muchos hombres y mujeres «ha sido perforada por un fuego extraño a los placeres del amor». Una tierra en la que no hay que, olvidarlo, en nosotros «también mora la muerte». Con todo, pese a esto, no falta en esta tierra, el «pie [que roce] el plena fuga», «las luces más amables», la palabra del poeta.

De este modo, aunque suene un tanto paradójico, la lectura del libro de Nana Rodríguez *Vendimias del desierto*, es una invitación a la vida, porque es capaz de escudriñar en lo más recóndito del alma humana, porque nos hace comprender, tal como lo entendió el artista Joseph Beuys, que nos es dado tener «conciencia del dolor porque amamos la vida». Por el momento sólo nos resta poner punto aparte invitando a la lectura de un libro en el que se conjuga la metafísica y el erotismo, la tenacidad y la incertidumbre.